

Cristina Henríquez

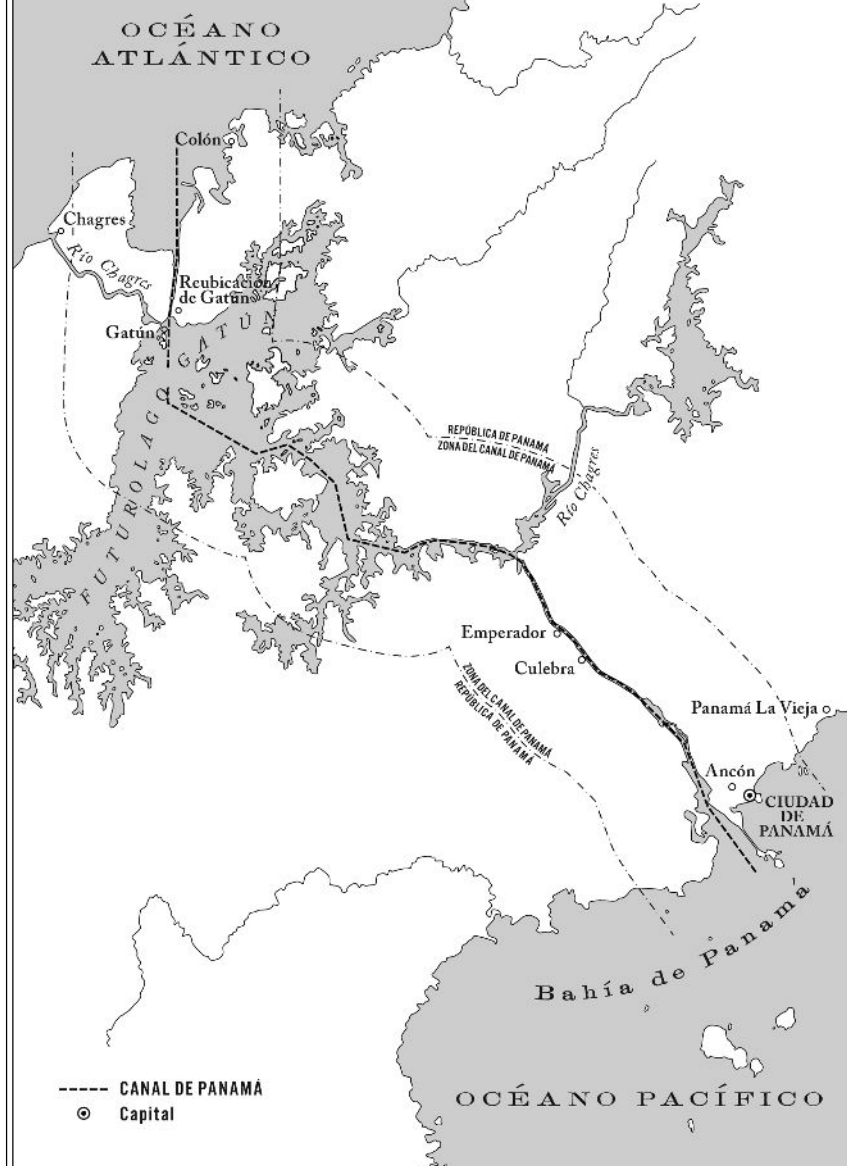
Entre dos aguas

Traducción de Martha Celis-Mendoza

AdN

MAPA DE LA
ZONA DEL CANAL DE PANAMÁ
· 1907 ·

ESCALA: 10 MILLAS



¡SE BUSCAN!

LA COMISIÓN DEL CANAL DEL ISTMO BUSCA

4000 TRABAJADORES FUERTES PARA IR A PANAMÁ.
CONTRATO DE DOS AÑOS.

TRANSPORTE GRATUITO DE IDA Y VUELTA
A LA ZONA DEL CANAL.

ALOJAMIENTO Y ATENCIÓN MÉDICA GRATUITOS.

¡TRABAJE EN EL PARAÍSO! TARIFA DE 10-20 ¢ LA HORA.

SE RECIBE EL SALARIO CADA QUINCENA.

PRESENTAR SOLICITUD EN LA ESTACIÓN DE RECLUTAMIENTO
EN TRAFALGAR SQUARE.

TODOS LOS SOLICITANTES DEBERÁN SOMETERSE
A LOS EXÁMENES MÉDICOS Y RECIBIR LAS VACUNAS EXIGIDAS.

J. M. GRASSLEY
Agente, C. C. I.
1907

En un lugar cerca de la costa pacífica de Panamá, en las tranquilas aguas azules de la bahía, se hallaba solo en su bote Francisco Aquino. Lo había construido él mismo, con el tronco de un cedro al que le había quitado la corteza. Lo había construido solamente con una azuela de piedra y un cuchillo mellado. Lo tallaba y lo alisaba, recorriendo con su mano cada curva y cada superficie; lo tallaba y lo alisaba una y otra vez hasta que logró convertir ese único tronco en lo que a él le parecía la más magnífica embarcación en todo el ancho mar.

Francisco estaba en cuclillas con el remo sobre las piernas, los pies descalzos sobre el casco del bote junto a su carrete de pesca y a un balde de madera, que usaba para sacar el agua que se metía. Su red estaba amarrada a un costado.

Todos los días, a excepción de los domingos, Francisco se levantaba antes del amanecer, caminaba hasta la playa y desataba su bote del poste. Cruzaba las olas remando y, cuando alcanzaba una distancia suficiente, aseguraba los nudos de su red y la dejaba caer. Luego volvía a remar, lentamente, escuchando el gorgoteo del agua cada vez que sacaba el remo a la superficie y lo deslizaba de nuevo hacia adentro. Debía avanzar a la velocidad justa para que la red generara arrastre. Demasiado lento, no conseguiría engañar a los peces. Demasiado rápido, los peces huirían. Era un equilibrio preciso, pero

Francisco había pescado con su red en estas aguas la mayor parte de su vida y sabía qué tenía que hacer.

La brisa del este sopló levantando el ala de su sombrero. El bote comenzó a mecerse con suavidad. Francisco estaba esperando el mejor momento para empezar. El agua le diría cuándo. Con el pie, le dio un empujoncito al balde hacia delante, luego hacia atrás. Las aves se lanzaban en picada a su alrededor. Abrió las manos y observó con cuidado su piel áspera y callosa. Hacía mucho tiempo, una tarde lluviosa salpicada de sol, Esme había tomado sus manos entre las suyas, poniéndolas palmas arriba. Hay un mapa en las líneas de tus manos, le había dicho. ¿Un mapa de qué?, preguntó él. ¿Qué había respondido ella? Francisco siempre trataba de acordarse, pero nunca lo lograba.

Cerró los puños y suspiró. El brillo del océano bajo el sol de la mañana se extendía hasta el infinito. En medio del silencio, el bote se balanceaba hacia uno y otro lado.

Por desgracia, su vista ya no era la de antes. Francisco entrecerró los ojos y miró al horizonte, hacia el lugar en donde, supuestamente, se alinearían embarcaciones cien veces más grandes que la suya a la espera de su turno para cruzar Panamá. Se le escapó una carcajada. Era una idea ridícula, imposible de creer. Cada navegante y explorador que había atracado alguna vez en estas playas había soñado que, un día, los barcos viajarían de océano a océano a través de Panamá, aunque habría que adivinar cómo pretendían llegar al otro lado. Al fin y al cabo, en el camino se interponía el espinazo de la Cordillera, que corría a lo largo del istmo, y entre todos los milagros de los que había escuchado en su vida, Francisco nunca había oído hablar de un barco que pudiera navegar a través de una montaña. Entonces habrá que cortar las montañas, decían, tendrán que romper el espinazo y el agua de ambos océanos va a fluir a borbotones desde ambos lados

para juntarse y crear una ruta a través. Un sueño de locos. Meter no uno, sino dos océanos en un lugar donde solo ha habido tierra durante millones de años. ¿Quién se puede creer algo así?

Francisco se levantó el ala del sombrero y frunció aún más los ojos para tratar de atisbar las siluetas fantasmales de los barcos de vapor y las goletas, los buques de guerra y los botes; todas las naves que juraban que iban a cruzar. Observaba con atención, pero en lugar de barcos, todo lo que veía sobre la superficie del agua era el brillante cielo azul. Tal vez el problema sea, pensó, que una persona necesita tener fe para poder ver las cosas que no existen, para imaginar un mundo que aún no ha sido construido. Francisco había perdido la fe hacía mucho tiempo, entre tantas otras cosas.

En el lado atlántico de Panamá, hacia el punto medio de la costa serpenteante, un barco entró al puerto de Colón. Se trataba de un vapor a ruedas del Correo Real, con altos mástiles blancos, que había partido de Barbados con unas veintitrés mil cartas bajo cubierta y unos ochocientos pasajeros sobre ella. Se trataba de hombres en su mayoría, procedentes de Santa Lucía, Saint John, Christ Church y de cada una de las parroquias en el camino. Vestían sus mejores trajes, agolpados sobre la cubierta y, apretujados entre sí, se aferraban a sus maletas, baúles de hojalata y esperanzas febriles.

Entre ellos se encontraba Ada Bunting, de dieciséis años, sentada sobre la cubierta con las rodillas entre los brazos. Era la primera vez que se subía a un barco y, los seis días que duró la travesía, estuvo arrebujaada detrás de dos huacales de gallinas apilados encima de un baúl negro, rogándole a Dios que no la fueran a encontrar. La mañana en que se fue de su casa escribió una nota en su tablilla escolar y la dejó sobre la mesa de la cocina; estaba segura de que allí su madre la vería al levantarse. La nota apenas decía que se iba a Panamá y poco más. Al salir el sol, Ada se puso su ropa de jardinería: unos pantalones viejos y una blusa de botones. Tomó el saco de tela que había empacado y lo cargó hasta llegar al muelle.

Allí, en medio del barullo y de la multitud, se las arregló para subir al barco sin ser vista.

Los pollos en los huacales jamás habían dejado de cacarear, de cloquear y de chillar; Ada se dio cuenta de que, si intentaba callarlos, solo hacía que cacarearan más. Pensó que quizá tendrían hambre, así que, al segundo día, dejó caer algunas boronas de las galletas que había traído entre las rendijas de los huacales y observó cómo las gallinas las recogían con el pico. Eso las aplacó un poco. Al tercer día, Ada les volvió a dar y escuchó cómo gorjeaban de tan contentas. Al cuarto día, les compartió un poco de la manzana que había empacado, sin olvidarse de quitarle antes las semillas minuciosamente. Al quinto día, destapó una lata de sardinas y, tras comerse la mayoría y lamerse lo salado de los dedos al terminar, les dio el resto a las gallinas. Al llegar el sexto día, ya se le había terminado toda la comida que había traído y lo único que podía ofrecerles a las gallinas era el mismo consuelo que su mamá siempre le daba: Dios proveerá. Tenía que creer que era cierto.

En cuanto el barco se detuvo, todos se apresuraron a bajar. Ada esperó a que se dispersara parte del avispero, pero incluso estando ya de pie, nadie le prestó ni la más mínima atención, gracias a Dios. La gente estaba demasiado ocupada recogiendo sus cosas y esforzándose por ver, más allá de los veleros y las palmeras que bordeaban la costa, cómo lucía Panamá ahora que por fin estaban aquí. A los ojos de Ada, la parte del pueblo que alcanzaba a avistar más allá de donde terminaba el muelle era muy parecida a Bridgetown: una hilera de edificios de madera, de dos y tres pisos, sobre la calle principal, tiendas con toldos y edificios con anuncios. El hecho de que le resultara tan familiar era al mismo tiempo una desilusión y un alivio.

Ada se fue abriendo paso hacia el puerto junto con todos los demás, mientras acunaba su bolsa entre los brazos. La

parte trasera de sus pantalones estaba húmeda, pero los pantalones, que le había cosido su madre, habían cumplido con su misión de ayudarla a pasar desapercibida entre la multitud, compuesta principalmente por hombres. Apenas y había visto a unas cuantas mujeres durante todo este tiempo, y todas eran mayores que ella. Ada también había llevado botas para el viaje; unas botas negras de cuero, regalo de un hombre llamado Willoughby Dalton, que le había estado haciendo la corte a su madre durante el último año, poco más o menos. De vez en cuando, por lo general los domingos, cuando sabía que ellas estarían en casa, Willoughby llegaba cojeando lentamente hasta su puerta con algo nuevo que ofrecer entre las manos: flores silvestres, frutipán o un tazoncito de barro. Unos meses atrás, había llegado con un par de botas negras. Las suelas estaban gastadas en los talones y las agujetas estaban deshilachadas, pero cuando Willoughby se las ofreció a la madre de Ada, ella las tomó y le dio las gracias como todas las veces que Willoughby llegaba con un regalo. Y como todas las veces, Willoughby dijo: «No ha de qué darlas», y se quedaba en el porche, como esperando a que lo invitaran a pasar. Siempre era la misma rutina, lamentable. Su madre asentía y empezaba a cerrar la puerta con delicadeza. Solo cuando la cerraba por completo, Willoughby se daba la media vuelta en dirección a su casa.

Las cuerdas que trepaban por los mástiles se azotaban con el viento mientras la gente empujaba y se atropellaba entre sí. Al llegar a la plancha de desembarco, Ada se agachó detrás de un hombre que había traído su propia silla plegable; esperaba que esta le sirviera de escudo para evitar que la vieran los dos oficiales blancos sobre el muelle. En la base de la plancha gritaban: «¡Tren para trabajadores! ¡Tren para trabajadores hacia allá!», mientras señalaban hacia el pueblo. La gente salía del barco a borbotones en dirección a donde-

señalaban los oficiales. A Ada le pareció que la mejor manera de pasar inadvertida sería simplemente fluir con la corriente. Había logrado llegar hasta aquí, pero todavía corría peligro de que a uno de los oficiales le pareciera sospechosa una joven que viajaba por su cuenta. Si la separaban del grupo y se enteraban de que no había pagado, casi con seguridad la meterían en el barco y la enviarían de regreso a casa. Ada apretó la bolsa contra su pecho mientras descendía al embarcadero y pasó de largo frente a los oficiales. Incluso detrás de la silla plegable alcanzaba a escucharlos. «Avísale al capitán que ya llegó la mercancía», le dijo uno al otro. Apenas tenía dieciséis años, pero sabía lo suficiente como para comprender que no se referían al correo.

Cuando Ada subió al tren (que en realidad no era mucho más que una cadena de vagones para ganado, sin techo y de madera), ya estaba atiborrado de los pasajeros del barco, que llevaban maletas, canastas, plantas y huacales. Ada se abrió paso hasta uno de los rincones traseros del vagón y se aferró a un poste con un brazo, mientras con el otro asía su bolsa. Además de las sardinas, las galletas y las manzanas dulces, había empacado dos juegos de ropa interior, un vestido, un frasquito de aceite de almendras para alisar su cabello, una colcha de retazos de algodón que había sacado de su cama y tres coronas. Ojalá se le hubiera ocurrido traer algo más de comer, pero no había sido así. Su madre siempre le decía que tenía una mente que le ganaba a su sensatez. Ada sonrió al escucharla regañándola en su cabeza, con ese tono suyo tan particular. Para esos momentos, sin duda, su madre ya habría visto la nota que le había dejado. Ada casi podía escuchar su voz, esta vez mucho más severa, reprendiéndola por eso tam-

bién; por haberse ido a Panamá ella sola, aunque hubiera sido por una buena razón.

Millicent, su hermana, estaba enferma y necesitaba una cirugía que ellas no podían costear. Su madre no ganaba mucho como costurera y Ada habría buscado trabajo, solo que en esos momentos era difícil conseguir algo en Barbados. En cambio, todo el mundo decía que en Panamá encontrar trabajo era tan fácil como arrancar manzanas de un árbol. Ada pensaba que, si cualquiera podía ir y arrancarlas, ¿por qué no hacerlo ella? Se quedaría solo el tiempo necesario para reunir el dinero de la cirugía de Millicent, luego se regresaría.

Una vez que el tren partió, Ada se fijó en los rostros de quienes la rodeaban: hombres jóvenes, vestidos de traje, que se veían tan tensos y ansiosos como ella se sentía. Tras salir de la ciudad, el tren rechinó al pasar por un puente y atravesó unos árboles tupidos antes de emerger en un campo tan extenso que a lo lejos se podía ver el verde oscuro de las montañas. Cascabeleó al detenerse cerca de un pueblito y unas cuantas personas saltaron del tren y se dirigieron a un puñado de casas de madera construidas sobre pilotes. Un hombre al que le quedaban cortas las mangas del saco se asomó y, sin dirigirse a nadie en particular, preguntó:

—¿Aquí es onde nos quedamos?

Otro hombre, que llevaba unos pantalones enlodados color caqui y una camisa azul de trabajo, soltó una carcajada.

—¿Pues qué esperabas, tú? ¿Un hotel de lujo?

El hombre del traje corto señaló hacia las viviendas que estaban cruzando las vías, una hilera de casas lindas, pintadas de blanco y con moldura gris, y preguntó si no se podían mejor quedar ahí.

El hombre en ropa de trabajo se rio de nuevo.

—Esas son las casas de oro. —Y, señalando hacia los campos, agregó—: Las casas pa nosotros son de plata.

Al ver la sorpresa del hombre de traje corto, el otro le preguntó que si no estaba enterado: todo en la Zona del Canal, las tiendas de comisariato, los vagones del tren, los comedores, las casas, los hospitales, las oficinas de correo, e incluso la paga, estaba dividido en oro y plata. «Oro» se refería a los norteamericanos y «plata», a ellos.

En cada pueblo al que llegaban, se bajaban más hombres del tren, hasta que quedó vacío. Ada no tenía la más remota idea de hacia dónde debía ir. En un momento, un hombre que estaba parado ahí cerca se le acercó y le dijo:

—¿Y tú qué? ¿Tienes dónde dormir? En los campamentos solo admiten mujeres blancas.

Ada se aferró con fuerza a su bolsa.

—Si quieres, tengo un sitio donde puedes reposar la cabeza —agregó el hombre mientras se daba palmaditas en el muslo.

Ada se giró para encararlo.

—Primero reposo en el infierno —replicó ella. Se soltó del poste y se encaminó hacia el otro extremo del vagón. En la siguiente parada, saltó del tren en cuanto pudo. Era un lugar llamado Empire, según lo que había gritado el conductor.

Los otros hombres que también se habían bajado del tren rebasaron a Ada en dirección a los campos. Si acaso era cierto que no podía estar ahí, como le había dicho ese hombre, iba a tener que levantar su propio campamento en medio de los árboles. Ya intentaría buscar trabajo al día siguiente; por ahora estaba tan agotada que lo único que quería era reposar su cabeza y descansar. Su madre, Millicent y ella compartían la única habitación en el fondo de su casa; cada una tenía su propio colchón, relleno de rastrojo, colocado sobre unos ca-

jones que había construido su madre. Imaginaba lo bien que se sentiría recostarse en esa cama, extender todo su cuerpo y cruzar los brazos sobre la cabeza mientras estiraba los dedos de los pies. Pero se iba a tener que conformar con tender la colcha sobre el piso, si es que podía encontrar un claro tan grande como para extenderla.

Al adentrarse solo un poco en el bosque, el aire se sentía más frío y olía a cosas vivas. Ada escuchó cosas que reptaban, silbaban, crujían y golpeteaban. Adonde quiera que fuese, el suelo estaba cubierto de ramas y musgo, arbustos en flor y troncos. Se abrió camino entre la fronda solo para encontrar charcos y lodo. No había ni un lugar seco a la vista. Caía la noche y estaba tan cansada que había contemplado tirarse simplemente entre los arbustos, cuando atisbó algo que parecía un furgón en medio de los árboles. Estaba oxidado y podrido, medio cubierto de yedras y maleza, con las ruedas traseras hundidas en el lodo y todo retorcido. Se quedó observando por un rato, para comprobar que no había nadie más por ahí, pero solo oyó el roce de los animales entre los árboles.

—¿Hola? —dijo con voz fuerte al acercarse.

Como nadie respondió, subió hasta donde estaba la entrada abierta, que quedaba al nivel de su cabeza, y repitió el saludo. Se agachó y tocó tres veces en el piso. Nada. «Bueno, Dios proveerá», pensó, y se recostó.

* * *

En la mañana, los zumbidos y siseos de los insectos llenaron los oídos de Ada. Poco a poco se incorporó y miró a su alrededor intentando reconocer dónde estaba. Los rayos del sol que se filtraban por entre los tablones le permitían apreciar el interior del furgón. No había mucho que ver, excepto telarañas y montones de hojas secas.

Ada se había quedado dormida con la ropa que llevaba puesta desde el barco; ahora estaba empapada por el aire, tan húmedo y denso que se le pegaba a la piel. De la bolsa, que había dejado en el piso, sacó el vestido que había traído de casa (un vestido que le había confeccionado su madre con pedazos de tela cafés y amarillos) y se cambió de ropa. Se puso de pie, estiró las mangas hacia sus muñecas, alisó los tablones de la falda sobre sus caderas. Se calzó las botas y escupió en la palma de la mano para quitarle el lodo a las puntas. Tomó su bolsa. Un vestido seco y unas botas limpias ya era algo. Ahora debía conseguir comida y trabajo.

Lloviznaba en el bosque. En el aire flotaba una brisa suave. «En algún sitio por aquí, debe haber algo de comer», pensaba Ada. A la luz del día, podía ver cosas que no había alcanzado a percibir la noche anterior. Enredaderas y plantas trepadoras que colgaban de los árboles, hojas con forma de espada enredadas en los helechos. Todo, en todas partes, era de un verde resplandeciente. Verde oliva, verde jade, verde esmeralda, verde lima, verde perdido entre las sombras, verde iluminado por el sol. Caminó entre cortinas verdes y sobre alfombras verdes con la esperanza de encontrar algo conocido, yaca o banano del bosque o uva de mar, que fuera comestible. Había escuchado que en Panamá había plátanos por doquier y se asomó entre los árboles por si podía ver alguno. En casa habría sido mucho más fácil. En casa, Ada sabía qué árboles daban fruta y qué arbustos daban unas bayas tan maduras que las podía hacer explotar entre sus dientes. En la parcela que tenían detrás de su casa sembraban maíz y arrurruz, tapioca y hierbas, y se alimentaban de lo que cultivaban o de lo que a veces intercambiaban con sus vecinos. Lo mejor era cuando

su madre intercambiaba mazorcas por las cerezas que la señora Callender cultivaba en un árbol de su jardín. La señora Callender decía que eran las cerezas más jugosas y dulces de todo Barbados, y cuando Ada las comía no le cabía duda de que así era. Se le hizo agua la boca al pensar en esas cerezas. Tenía que haber algo de comer ahí en el bosque y con seguridad podría encontrarlo si buscaba lo suficiente. Pero su estómago ya rugía de hambre y su vestido, que se había sentido tan bien en cuanto se lo puso, todavía seco, estaba empapado de lluvia, y sus botas otra vez estaban cubiertas de lodo, y había perdido la paciencia, uno de sus peores defectos, según su madre, quien decía que Ada nunca esperaba lo suficiente a que le llegaran las cosas.

En el pueblo había mucha gente. Ada atravesó las vías del ferrocarril, que dividían Empire en dos, y recorrió las calles pavimentadas de la parte norteamericana, pensando que por ahí sería más probable ver algún anuncio de trabajo mientras buscaba algo de comer. Las banderas, que colgaban de los balcones y ondeaban con la brisa, le hicieron saber a quién pertenecía esa parte del pueblo. Nunca había visto una bandera de Estados Unidos en persona, aunque sí una imagen en un atlas en la escuela para señoritas adonde habían asistido ella y Millicent. Dentro de ese mismo atlas, un librito de páginas cosidas, Ada había visto también por primera vez un mapa de Barbados. El mapa de Estados Unidos se extendía en dos páginas enteras, mientras que todo Barbados ocupaba solo la mitad inferior de la página de la izquierda. Hasta ese momento no le había pasado por la mente que Barbados pudiera ser más pequeño que cualquier otro lugar del mundo, pero una vez que lo vio no pudo dejar de preguntarse cómo

sería ir a otro lugar. Hasta donde ella sabía, todos en su familia habían nacido en Barbados y se habían quedado ahí. Poco después de que Ada naciera, su madre se había alejado de la plantación de caña de azúcar donde había pasado toda su vida. Les había contado a Ada y a Millicent la historia de esa partida muchas veces, siempre con orgullo. Cada vez que la escuchaba, Ada pensaba lo mismo: su madre podía haber ido a cualquier parte. Cuando dejó la plantación, podría haber caminado hasta el otro extremo de Barbados o haber navegado hasta el otro extremo del mundo. Pero en el momento en que se habían abierto todas las posibilidades, en el momento en que podía haber ocurrido cualquier cosa, su madre caminó justo hasta donde se encontraba el límite oficial de Bridgetown y allí se asentó de nuevo. Había cruzado el límite, pero tan solo por lo que mide un dedo. Había mantenido su mundo como algo pequeño y ahora, tantos años después, su madre no poseía nada más allá de ese mundo, ni siquiera un sueño, hasta donde Ada sabía.

La calle, flanqueada por edificios de dos pisos y tiendas, estaba atestada de carruajes, carros de mulas y personas que caminaban a paso rápido entre la llovizna. Las mujeres llevaban sombrillas y los hombres, sombrero. Ada no tenía ni lo uno ni lo otro, y aunque traía el cabello recogido en un chongo, como era su costumbre, no se había molestado en arreglárselo al despertar; con eso, más la llovizna, debía verse como un esperpento. De niña, era ella la que siempre tenía tierra en el vestido, costras en los codos y ese cabello, que se negaba a peinar a menos que fuera domingo y tocara ir a la iglesia. Aun entonces, no lo hacía porque pensara que a Dios le importaba, sino más bien a su madre.

Para cuando había pasado por una imprenta, una barbería y una herrería, todos los negocios uno tras otro, ya había dejado de llover. Su estómago gruñía. Tenía que haber un-

mercado cerca, quizá del otro lado de las vías. Se había detenido a mitad de la calle, con la bolsa entre los brazos, mientras decidía si cruzar de vuelta y buscar uno, cuando un hombre que estaba parado a la entrada de un callejón le silbó. Ada habría dado media vuelta para irse si él no hubiera señalado un barril de madera, lleno de fruta, a su lado. «¡Papaya, mango, piña, mamey!» gritaba el hombre en español mientras ella se aproximaba. Tomó un mango y se lo ofreció a Ada.

Tenía tanta hambre que se hubiera comido todo lo que había en el barril. Aún en la penumbra del callejón, alcanzaba a ver tantas frutas brillantes y reventonas que empezó a relajarse.

—*You say mammee?* —preguntó Ada en inglés—. *Mamme apple?*

El hombre cambió el mango por una fruta de cáscara que estaba cortada de un lado, donde se veía el hueso.

—Mamey de tierra —respondió.

Sí se parecía a un *mamme apple*. En esa época todavía no maduraban en Barbados, pero Ada los esperaba con ansias cada año en abril. Su madre remojaba la pulpa en agua salada para quitarle lo amargo y luego Millicent y ella se la comían fresca, o si no, su madre la usaba para hacer jalea de manzana.

—*How much for one?* —preguntó Ada.

—¿Quieres?

—*How much money?*

Pero el hombre solo le sonreía.

Ada puso la bolsa en el piso y buscó las monedas que había traído. Tres monedas de una corona que su madre tenía bien guardadas. Ada las había descubierto un día que andaba curioseando y, cada vez que había regresado a buscar después, ahí seguían, sin que nadie las hubiera movido. Tal vez

su madre estaría ahorrando ese dinero, pero Ada se lo había traído con la esperanza de recuperarlo muy pronto y ganar algo más. Entonces Ada sacó una de las monedas y se la mostró al hombre. Una corona era demasiado para una sola fruta, pero en ese momento no le importó. Necesitaba comer algo. Podía casi saborear el mamey, casi podía sentir cómo se escurría el jugo de la fruta entre sus encías.

El hombre tomó la moneda y le dio la vuelta hacia uno y otro lado mientras la sostenía entre sus dedos para examinarla. Hizo un gesto de aprobación, se guardó la moneda en el bolsillo y le entregó la fruta a Ada, quien inmediatamente le quitó la cáscara rugosa con la uña y la telilla blanca y esponjosa para luego darle una buena mordida a la pulpa. Estaba tan suave que le dieron ganas de llorar. Arrancó la fruta con los dientes mientras seguía de pie a la entrada del callejón con la bolsa a sus pies y el hombre la observaba. Se comió cada pedacito de la pulpa hasta llegar al hueso, y hasta ese se lo metió en la boca y lo succionó hasta que le quitó todo el sabor. Luego lo escupió al piso y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Junto al barril, el hombre la contemplaba admirado, con los ojos como platos.

—*Thank you* —le dijo Ada sonriendo de oreja a oreja, mientras se agachaba a recoger su bolsa del suelo.

Ya se sentía mejor ahora con algo de comida en el estómago. En cuanto pudiera, debía encontrar el modo de enviar una carta a casa. Si su madre estaba preocupada, como Ada suponía, la carta la ayudaría a apaciguar su espíritu. Si su madre estaba enojada, lo cual también suponía Ada, no había gran cosa que pudiera hacer al respecto.

Ocho meses antes de que Ada Bunting abordara el barco postal que la alejó del único hogar que había conocido hasta entonces, Marian Oswald y su esposo, John Oswald, se embarcaban ansiosos en un vapor de la United Fruit Company, que partía de Nueva Orleans rumbo a Panamá. Antes de subirse al barco, Marian y John habían tomado un tren de pasajeros en Bryson City, Tennessee, cerca de donde vivían; ese viaje les llevó casi un día entero que Marian, muy feliz, dedicó a observar, con las manos en el regazo, cómo el mundo pasaba velozmente por la ventana, mientras John leía a su lado. En el tren había un vagón-comedor con manteles blancos almidonados y un carro-bar atendido por dos empleados que le insistían a John para que tomara un *whiskey sour*, aunque él no bebía, y se quedaban sorprendidos de que solo pidiera un agua mineral. Había otro vagón en el tren donde John aprovechó para que un botones negro le lustrara los zapatos; Marian le había sugerido darle una propina, pero John se limitó a decir: «Hace su trabajo; no hay razón para recompensar a un hombre por cumplir con sus obligaciones». Marian no traía dinero, pero si hubiera tenido, se dijo, se las habría arreglado para dejarle al botones una o dos monedas.

El alojamiento del barco también era de lujo. La nave, que formaba parte de lo que se conocería como «la gran flota

blanca», transportaba treinta y cinco mil pencas de plátano en su interior y cincuenta y tres pasajeros en los camarotes superiores. En el camarote donde se alojaron los Oswald cabían dos camas gemelas con un buró entre ellas y tenía dos escotillas por las que habrían podido contemplar cómo se extendía el océano, si no fuera porque John había cerrado las cortinillas, so pretexto de que ver el sube y baja constante de las olas con toda seguridad les iba a provocar mareo. No obstante, las cortinas cerradas no ayudaron. O, ayudaron solo a John, pero no a Marian. Ella nunca había estado en el mar y tuvo que pasar la mayor parte de los cinco días que duró el trayecto vomitando en una cubeta de hojalata que el médico de a bordo, que la estaba atendiendo, tiraba por la borda cada vez que se llenaba. El doctor le traía agua, pero Marian no la lograba mantener dentro. Ella quería explicarle que, precisamente, el agua era el problema. Estaba desesperada por tocar tierra. Marian nunca había estado tan agradecida en la vida como en el momento en que lanzaron la señal de que se aproximaban a la costa panameña.

Para las demás personas del barco, la visión de la ciudad portuaria de Colón era una razón más que obvia para quejarse. Marian, por su parte, no sabía qué esperar, pero al estirar el cuello desde la cubierta, vio a la distancia una hilera de edificios cafés de madera, y en la calle frente a ellos, gente que caminaba, hombres que cargaban vigas sobre los hombros y mujeres que llevaban cestas de fruta sobre la cabeza. Niños medio desnudos en cucullas. Había burros y carros de mulas, gallinas errantes y perros callejeros. El agua que bordeaba el muelle era del mismo tono parduzco que todo lo demás. Escuchó a una mujer decir que era «una mezcla desoladora», pero a ella no le parecía justo. Sentía curiosidad más que otra cosa, y lo único que le molestó mientras el barco anclaba fue el mal olor del aire, exageradamente húmedo. En cuanto-

lo olió, vomitó de nuevo por la borda. John, a su lado, la vio y frunció el ceño. A ella le habría gustado que su esposo le ofreciera su pañuelo, pero no lo hizo y, en vez de eso, tuvo que limpiarse la boca con su propia mano.

Un marino pelirrojo de Luisiana, que se había hecho amigo de John durante el viaje —según él, habían jugado una partida salvaje de damas mientras Marian estaba enferma en su camarote—: esperaba con ellos en el barandal del barco.

—Vaya, vaya, llegamos a un pantano —dijo.

—Así es —asintió John—. Y nos vamos a encargar de limpiarlo.

* * *

Los Oswald tomaron un carruaje para ir a la casa. Con el tiempo se enterarían de que, para llegar a cualquier parte alrededor del canal, era mucho más fácil transportarse en tren. Pero ese día, el día que llegaron, viajaron en carruaje. Los dos caballos grises que los llevaban estaban débiles y esqueléticos. El conductor era un muchacho panameño que los azotaba una y otra vez con una vara larga, como si fuera el castigo, y no un mejor cuidado, lo que los haría ir más rápido. Marian se encogía cada vez que sonaba la vara. Los Oswald tenían caballos en Tennessee, dos sementales majestuosos que vivían en los establos de su propiedad. Los caballos habían sido un regalo de bodas del padre de John, que creía que todo hombre debería saber montar. Durante la boda, su padre le había contado entre risas a la multitud que, cuando era niño, John jamás había mostrado el menor interés en aprender a montar, ni a medio galope ni a toda velocidad. «Es un defecto que le pienso corregir». Pero, aun cuando los caballos ya eran suyos, John nunca los disfrutó. Más bien era Marian quien iba todos los días a los establos a cepillarlos con una almoha-

za y a darles manzanas de premio. Los había bautizado Horacio y Charles, en honor a sus escritores favoritos, y a menos que estuviera diluviando, cada día ensillaba uno de los caballos y salía a pasear por las exuberantes hectáreas de los Oswald, flanqueadas por las Grandes Montañas Humeantes. Cuando montaba, Marian se sentía libre, aunque nunca fue más allá de su propiedad.

Poco después de recibir los caballos, Marian convenció a John de que fuera a montar con ella. Una sola vez. Era temprano por la mañana y el sol iluminaba la parte baja de las nubes. En cuanto los caballos comenzaron a trotar, John perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo. Charles, el caballo en el que iba, galopó un poco más y se detuvo.

Marian dio la vuelta y desmontó a Horacio, sosteniendo las riendas con una mano. Levantó los anteojos de John, que estaban en el suelo, y se arrodilló junto a él. Le preguntó si estaba bien; le preocupaba que se hubiera roto algo. Más tarde, el doctor les confirmó que John se había roto dos costillas. Sin embargo, John se limitó a responder: «Mis anteojos, por favor», y tan pronto ella se los dio, él desvió la mirada, como si se sintiera avergonzado.

Marian lo llevó de regreso a la casa. John caminaba con lentitud a su lado mientras ella tiraba de las riendas de Horacio y de Charles. Ninguno dijo ni una palabra. Después de dejar a los caballos en el establo, Marian fue a la habitación donde John se había recostado.

—¿Dónde te duele? Él se señaló el pecho.

Para ese entonces llevaban seis meses de casados.

—¿Puedo? —preguntó Marian mientras rozaba uno de los botones de su camisa.

John asintió.

Marian le desabotonó toda la camisa y observó. No estaba acostumbrada a ver su pecho desnudo, en especial duran-

te el día. Normalmente, John dormía en ropa interior, que le cubría desde el cuello hasta los tobillos. Como John dormía vestido, ella también. Todas las noches, después de que él apagaba la lámpara, se quedaban recostados uno al lado del otro en la oscuridad. Ella esperaba que las manos de él la buscaran, que le desabotonaran el camisón y le hicieran esas cosas que un esposo debe hacerle a su esposa, esas cosas que Marian estaba desesperada por que le hiciera. Pero John no la rodeaba con el brazo siquiera, no le mordisqueaba la oreja ni recorría su cuello con las puntas de sus dedos; noche tras noche, ella se quedaba esperando. Pasaron semanas. Meses. Cuando se cansó de esperar, Marian se acercó a él; pasaba sus dedos por debajo del cuello de su camisa, sintiendo la piel suave y fina de su garganta. Así se acostumbraron. En ocasiones, ella le metía la mano entre las piernas; solo así lograba despertar lo suficiente su interés para que la tomara en una especie de carrera ciega, toda brusquedad y rapidez, como si corriera hacia la línea de meta, y de repente tenía una rudeza, una rudeza que la emocionaba. Eran una tormenta en la noche, agitados y estruendosos, aunque en un instante todo terminara y John regresara a su lado de la cama.

El día que John se cayó del caballo, Marian no pudo detectar ninguna herida evidente. Aun así, fue al baño por un rollo de gasa de algodón y regresó a la habitación. Deslizó la mano por la espalda baja de John y envolvió con la gasa todo su torso.

John se encogió.

—¿Te duele? —preguntó.

John levantó la mirada, pero no hacia ella. Desde que lo conocía, siempre había habido algo inescrutable en él; algo que no lograba desentrañar.

—No —respondió al fin—. Perdón —agregó poco después. En silencio y con cuidado, Marian ató el vendaje y lo

ajustó apenas lo suficiente, con la esperanza de que ayudara a sanar lo que pudiera estar roto adentro.

El carruaje se detuvo al pie de una colina. No había manera de que los caballos subieran por la pendiente tan inclinada, así que John y Marian tuvieron que bajar y caminar bajo el sol abrasador del día. Ya alguien les llevaría más tarde sus maletas.

Siguieron el sendero que se había formado en el pasto a punta de pisadas, por entre los platanales y los limoneros, con sus capullos pequeños y afilados. Unas chozas de tablo-nes sin pintar y techos de paja se dispersaban entre los árboles por toda la colina. Algunas tenían barriles de agua al frente y ropa que colgaba de unas varas encajadas en el suelo. Un hombre negro vestido de overol que estaba parado afuera observó a la pareja al pasar.

—Apresúrate —le dijo John a Marian—. La casa está allá arriba.

Señaló hacia la cima de la colina, donde había una sola casa enorme, de color blanco, que refulgía bajo sol. Tenía dos pisos y una veranda amplia, cubierta de mosquiteros, que se extendía desde la fachada hasta los costados de la casa.

—Es demasiado grande —observó Marian.

—Es nuestra propia casa sobre la colina —dijo John. Theodore Roosevelt, a quien él admiraba, tenía una casa en Oyster Bay a la que se refería con esas mismas palabras—. Es nuestro pedacito de paraíso por encima de todo.

La tarde después de que John recibiera el cable solicitando su presencia en Panamá, Marian lo encontró detrás de la casa,

observando el azul grisáceo de las montañas surcadas de sombras. Salió para hacerle compañía. Los grillos elevaban su canto al frotar las patas; el aire estaba agradable, fresco y seco.

—Quieren que vaya a Panamá —dijo John sin voltear a verla.

Era una solicitud que John deseaba recibir. Marian creía que su llegada era solo cuestión de tiempo.

Ella también dirigió su mirada las montañas. Había pasado toda su vida en Tennessee; de cuatro hijos, había sido la única que logró superar los cinco años de vida. Su madre había sido una mujer remilgada, preocupada siempre por tener la casa impecable y que lo máximo que se permitía era un trocito esporádico de raíz de orozuz, que masticaba por las tardes hasta que se deshacía de tan suave. Su padre, con quien Marian tenía una mejor relación, había sido leñador y solía llevarla a caminar por la orilla del río mientras le señalaba los árboles: nogal, roble, álamo, pino, abeto. En las noches, en lugar de practicar el punto de cruz que había aprendido en la escuela, pasaba horas a la luz de las velas leyendo el almanaque, que era el único libro que sus padres tenían en casa, además de la Biblia. Hacía años que sus padres habían fallecido, pero Marian seguía amando su terruño: el laurel de la montaña que florecía en junio, los rododendros que se agolpaban a la orilla del camino, el deambular del alce y la cicuta que proliferaba.

—Oficialmente, estaría a cargo de supervisar los laboratorios del Ministerio de Salud, pero me darían vía libre para ir tras la malaria y erradicarla de una vez por todas. Como pudieron hacerlo con la fiebre amarilla, por supuesto. —John caviló por un momento—. Estás familiarizada con los datos científicos, Marian. ¿Tú qué crees? ¿Se podría lograr?

Ella bien sabía que John había pasado los últimos años en los márgenes, contemplando con envidia cómo otros hom-

bres habían logrado controlar la fiebre amarilla en Panamá. Y tenía razón: ella estaba familiarizada con los estudios y los reportes.

—No veo por qué no —respondió volteando a verlo.

John asintió, pero siguió con la vista clavada en los árboles. Marian conocía muy bien el contorno de su silueta: la curva de su nariz, su barbilla puntiaguda.

Para ese entonces, llevaban casados diez años. Se conocieron en Knoxville. Marian había ido a estudiar Botánica en el Instituto Femenino y consiguió un empleo para ayudarse a pagar la colegiatura. En esa época, Tennessee estaba pasando por un auge maderero. Los árboles caían a lo largo y ancho de los Apalaches, y el sonido que emitían, ese estruendo impresionante, era como un mensaje reconfigurado por los humanos para significar algo bueno. La industria estaba tan en boga, y había tantos aserraderos y fábricas, que la demanda de empleados era muy alta; no solo de leñadores, sino de personal administrativo que ayudara a mantener a flote las compañías. Había sido fácil conseguir empleo en la Maderera Oswald. Los Oswald también tenían granjas y una empresa de maquinaria. Algunos decían que eran dueños de medio Knoxville. Cada uno de los hijos de la familia Oswald había elegido una de estas tres empresas, y eso les aseguraba un futuro. Marian había trabajado como mecanógrafa en la maderera durante tres años, preparando conocimientos de embarque y órdenes de compra, cuando reparó en John Oswald: el más joven de los tres hijos, el marginado, el único que, según los rumores, tenía sus propias ambiciones. Marian admiraba eso, incluso cuando no sabía nada más de él. Un día, John entró a la oficina a hablar con su padre y, en lugar de eso, se fijó en ella. Fue una mirada larga, que le hizo sentir a Marian cómo se le erizaba la piel. Sentada tras un escritorio de roble sin barnizar, era consciente de su apariencia: considerable-

mente simple y poco atractiva. Sin embargo, él se quedó mirándola fijamente desde la entrada de la oficina, caminó hacia ella, y casi antes de detenerse le dijo: «Si está usted libre, ¿podría invitarla a salir esta noche?».

Era la primera vez que un hombre había mostrado el más mínimo interés en ella. El resto de su vida, Marian se preguntaría qué había visto John en ella ese día. Una vez se lo preguntó a él, pero la mirada de perpleja incompreensión de John le destrozó el alma. Simplemente estaba sentada ahí, supuso.

Si otra muchacha hubiera estado ahí en ese momento, con seguridad la habría invitado a ella. Esa chica pudo haber dicho que sí, o que no, y la vida de Marian, en una esfera paralela, habría seguido intacta. Pero no, le había tocado a ella y sabía que tenía que haber una razón para ello.

La invitó a una elegante heladería en Market Square y esa noche Marian descubrió que John podía conversar sobre una amplia variedad de temas, muy distintos entre sí. Le habló de Oscar Hammerstein, que se estaba preparando para abrir un teatro en la ciudad de Nueva York, y del trabajo de Louis Sullivan en el Medio Oeste. Tenía una opinión formada sobre el presidente Cleveland y sobre el impuesto Wilson-Gorman que este había autorizado. Le preguntó entonces si había escuchado hablar de un hombre de apellido Nansen, que estaba intentando navegar al Ártico, a lo que Marian respondió: «Por supuesto. ¿Sabía usted que el nombre de su navío, Fram, significa “adelante” en noruego?». John la miró como si estuviera sorprendido e impresionado a la vez.

En menos de un año, ya se habían casado. Marian se graduó y pensó que podría conseguir empleo en su campo de estudio, como asistente científica tal vez, pero cuando se lo mencionó a John, él respondió: «¿Para qué? ¿Qué ventaja habría? Además, no hay necesidad, Marian. Ya no». Aunque su intención era tranquilizarla, a ella le irritaba la idea de que

En Panamá solo había dos estaciones: la húmeda y la seca. Habían llegado a principios de año, durante la temporada seca, cuando la brisa vespertina era fresca. Para mayo, cuando la lluvia empezó a desbordar el cielo, John le advirtió a Marian que no pasara demasiado tiempo fuera.

—Los mosquitos abundan cuando está húmedo. Son las condiciones óptimas para su desarrollo.

—Pero ¿qué voy a hacer? —preguntó Marian.

John no respondió.

—El clima mejorará en enero —se limitó a agregar él.

Marian nunca había visto caer tanta lluvia en su vida. Cuando era niña en Tennessee, solía sumergir sus manos en los charcos de barro que se abrían como grandes bocas en el terreno de su familia, y atrapaba las ranas que encontraba después de la tormenta. Ya fuera que lloviznara o que diluviera, su padre siempre decía lo mismo al asomarse por la ventana: «Al menos los árboles estarán felices». Se preguntaba qué habría pensado su padre de la lluvia de aquí. A menudo llegaba en oleadas. El viento se alzaba y agitaba las copas de los árboles, la lluvia azotaba en el aire. De pronto, se detenía abruptamente, como si el cielo se hubiera cerrado de golpe, y el sol brillaba de nuevo. Sin embargo, ya había aprendido, ese intermedio solía ser breve y duraba lo justo para que las nubes acumularan más lluvia antes de desatarla de nuevo.

Desde el inicio de la estación húmeda, y durante varias semanas, Marian se sentó en la veranda a ver llover. Por entre los biombos cobrizos alcanzaba a atisbar una parte del pueblo allá abajo: unos cuantos edificios y la estación de tren, en donde las negras locomotoras entraban y salían durante todo el día. Hacia donde mirara, había gente que iba y venía, incluso en medio de las tormentas más inclementes, que ella

observaba con resentimiento. De verdad, ¿cómo podía John esperar que se quedara adentro todo el tiempo? Los libros que habían traído estaban cubiertos de moho. No había caballos que montar. Y no había venido hasta aquí para quedarse sentada en un porche.

La primera vez que salió, Marian simplemente bajó y subió de nuevo la colina, solo por el gusto de salir de la casa. Al bajar se resbaló en el lodo y aterrizó sobre su trasero; se rio de sí misma y esa risa la hizo sentir casi tan bien como haber salido a caminar. Cuando regresó a casa, enjuagó su ropa en la tina, limpió sus botas y al volver del trabajo, John no se enteró de nada.

Con el tiempo, se aventuró a ir más lejos y pasó la falda de la colina en dirección al pueblo. Allí la vida seguía su curso, incluso con la lluvia. Los hombres recorrían las calles con los sombreros tan empapados que las alas se doblaban bajo el peso del agua. Las mujeres se aferraban a sus sombrillas y trataban de evitar pisar los charcos. Marian simplemente caminaba, feliz de poder ver todo eso.

El pueblo de Empire se hallaba en el punto más elevado de la ruta del canal, casi a medio camino entre el océano Pacífico y el Atlántico. Estaba encaramado sobre una saliente que dominaba el enorme Corte Culebra, un segmento de catorce kilómetros de largo bloqueado por las montañas, a través del cual debían excavar. A veces Marian se asomaba y miraba hacia abajo, por la pendiente inclinada; cada vez se mareaba al contemplar las proporciones de la obra, tan colosal que casi se sentía inhumana. Marian había leído que, tres millones de años atrás, volcanes submarinos habían entrado en erupción, lanzando enormes reservas de sedimento hacia la superficie; así se formó el puente de tierra en el que ahora estaban parados, conectando dos continentes. Ahora la misión era, evidentemente, volver a dividirlo, abrir la tierra entre dos

aguas, de un mar al otro. Lo que la naturaleza había unido, ahora los hombres lo querían separar.

Ya habían pasado varios meses y la lluvia no daba tregua.

Marian entró a la cocina, tomó de la despensa un cuaderno de la tienda de comisariato y se puso una capa para la lluvia. La capa le cubría casi todo el vestido, pero solo hasta la rodilla. De ahí para abajo, tendría que mojarse.

Frente la estufa estaba Antoinette, la cocinera, que destacaba una gran olla de hierro con guiso de pescado. Cuando Marian le dijo que iba a salir, Antoinette arqueó una ceja; le preguntó si le parecía prudente, dado que estaba lloviendo tanto.

—A mí me parece bien, por eso traigo esto —dijo Marian pellizcando un pliegue de la capa.

Antoinette había venido recomendada por otra pareja del istmo, proveniente de Georgia, a la que los Oswald habían conocido en una cena de bienvenida organizada para ellos poco después de su llegada. Marian se había puesto un vestido de gasa de seda con encaje *repoussé* y se había peinado con unos discretos bucles estilo Pompadour, pero John no se había percatado de su esfuerzo; cuando iban de camino, como siempre, solo habló del trabajo. Quería conocer su opinión sobre una anomalía estadística que había llamado su atención aquel día, y aunque ella trató de convencerlo de que solo tenía que recabar más datos, el problema lo mantuvo distraído durante los seis platos de la comida. Tomó sopa de tortuga, comió pavo al horno y todo lo demás que le sirvieron en completo silencio, mientras el resto de los invitados disfrutaban y reían. Hubo un momento en que, al estirarse para tomar su copa, golpeó accidentalmente un candelero e

incendió el mantel por un instante, hasta que otro hombre de la mesa se aprestó y lo apagó con el agua de su vaso. John se encogió en su asiento; el anfitrión hizo una broma para suavizar la incomodidad del momento y ya nadie habló de eso después. Sin embargo, Marian sabía muy bien que era el tipo de cosas que hacían que John se flagelara. Lo único bueno de todo eso fue que la mujer sentada al lado de Marian, la que venía de Georgia, le preguntó si ya había conseguido ayuda.

—¿Ayuda? —preguntó Marian.

—Las opciones aquí son terribles —dijo la mujer—. Los negros de aquí no son como los negros allá en casa. No hacen lo que les mandas y pareciera que no hay regaño suficiente que los haga trabajar más rápido.

Pero sí conocía a una buena cocinera, una mujer de Antigua, y le dio a Marian sus señas. Marian nunca había tenido cocinera, ni criada, ni ningún tipo de ayuda por el estilo, ni cuando era joven ni ya de casada, pero John había crecido rodeado de personas así y la convenció de que lo intentara: «Una cosa es Tennessee, pero aquí es muy distinto. No me digas que sabrías qué hacer con un coco. Y a mí me gusta comer bien».

Antoinette volvió a tapar la olla y se limpió las manos en el delantal. Tenía cuarenta y siete años, pero seguía tan bien formada como cuando era joven, aunque su cabello había empezado a encanecer cerca de las sienes y las venas en el dorso de sus manos eran más prominentes que antes. A veces contemplaba esas venas con disgusto, añorando los días en que era más flexible, más fresca. En Antigua se ganaba la vida cocinando guiso de bacalao y agua de cabra con ñame y calalú, que era su especialidad. La gente del pueblo estaba dispuesta a pagar porque su comida era muy buena, pero por muy buena que fuera, no ganaba mucho. Unos años atrás, su esposo, a quien había amado durante veintitrés años, se había ido a cortar alguna flor que tenía la mitad de su edad.

Antoinette no lo había creído capaz de algo así, pero lo había hecho, y ella suponía que la razón era que una flor en capullo tenía un aroma más dulce que una que se está marchitando. Le había dado cuatro hijos. Poco después de que su esposo se fuera de la casa, el hermano de Antoinette pasó por una mala racha, de modo que él y sus dos hijos se mudaron también con ella, lo que significaba tres barrigas más que había que llenar. Aunque fuera cocinera, alimentar a ocho personas, incluida ella, además de a todos los otros clientes del vecindario que pagaban por su comida, una docena más o menos, era demasiado para tan poca ganancia. Alguien le había dicho que en Panamá podría cocinar la mitad y ganar el doble. Resultó que los cálculos de esa persona habían estado un poco desfasados. En Panamá, como descubriría después Antoinette, podía cocinar menos de la quinta parte de lo que había estado cocinando hasta ese momento y ganar tres veces más.

El guiso aún debía cocinarse a fuego lento unas cuantas horas más. Lo pensaba servir para la cena esa noche. Después de servir la cena, regresaría al cuarto que rentaba en una ajetada vecindad en Ciudad de Panamá y se pondría a pensar en los cuatro hijos que dejó atrás, al cuidado de su hermano, preguntándose si el dinero que mandaba a casa cada dos semanas alcanzaba para que comieran bien; en especial el menor, Arthur, que tenía ocho años y siempre había sido pequeño para su edad.

—Creo que estaré de regreso como en una hora —dijo la señora Oswald y salió antes de que Antoinette le pudiera preguntar cualquier otra cosa.

Había una tienda de comisariato casi en cada pueblo en la línea del canal. El Departamento de Comisariato también su

pervisaba una fábrica de hielo, servicios de lavandería, una panadería que horneaba más de veinte mil hogazas de pan al día, una imprenta y un tren que salía cada mañana a entregar pedidos directamente a las casas de las personas. Pero las tiendas eran el principal atractivo. Estaban repletas de vegetales en conserva, galletas, fósforos, zapatos, guantes de béisbol, bolas de alcanfor, harina de maíz, carne en conserva, pomada para el cabello, jabón, limas de uñas, toallas, pañuelos, listones de raso, cintas de tafetán, vaselina, sombrillas, telas, encajes, tazoncitos para enjuagarse los dedos, platos para helados, platos para mantequilla, ganchos de ropa, relojes, bacalao, azúcar, jugo de uva Welch's, cigarros, esponjas, alfombras de hierba, aceite para muebles, ratoneras, huevos, salchichas, cordero, cerdo, hígados, bistec, queso crema, queso Neufchâtel, queso Roquefort, queso suizo, queso Gouda, queso Edam, queso Camembert, queso Pinxter, queso MacLaren's, leche evaporada St. Charles, leche condensada Nestlé, avena Quaker, tortitas de maíz Quaker, toronjas, arándanos, remolachas, tomates, apio, espinacas, chucrut, nabos, chirivías, calabazas, berenjenas, cubiertos, cucharones, ralladores, cernidores, pinzas, batidoras, abrigos, medias, botones, sombreros, pipas y todos los artículos habidos y por haber.

Marian no necesitaba nada de ahí. Ir al comisariato era nada más un pretexto para salir de casa.

Para cuando entró a la tienda, la capa de Marian pesaba de tanta agua que le había caído y sus botines de piel de cabritilla estaban empapados hasta adentro. Se retiró la capucha hacia atrás y pisó con fuerza un par de veces. Molly, una cajera joven, levantó la vista y al ver a Marian, sonrió y la saludó. A Marian siempre le había parecido que la chica, que había venido a Panamá con sus padres, era amigable sin excepción. Tenía el cabello rubio, largo y lacio, y al contrario de lo que se acostumbraba, lo llevaba suelto. Quizá no era nada,

pero Marian lo interpretaba como un pequeño acto de rebeldía y Molly le caía bien por ello.

—Buenas tardes, señora. Sigue lloviendo, ¿verdad?

—Me temo que va a seguir lloviendo hasta enero.

Molly sonrió. Antes de venir a Panamá, había vivido en Hawái, donde también llovía, por supuesto, pero no tanto como aquí. También había vivido con sus padres en Cuba y en las Filipinas pero, hasta ahora, a pesar de la lluvia, lo que más le gustaba era Panamá. Tenía una cámara, una gran formato 4x5, tan grande como una hogaza de pan, que llevaba a todas partes con ella, pero, por desgracia, no había tenido muchas oportunidades para usarla en Panamá. Pensaba que le gustaría ser periodista algún día, incluso fotorreportera, y viajar por todo el mundo con su cámara, pero no se lo había contado a nadie. En todo caso, de momento era solo un pasatiempo.

—¿Puedo ayudarla a encontrar algo el día de hoy, señora?

—preguntó Molly al ver que la señora Oswald no se movía de donde se había detenido, justo pasando la puerta.

Marian se había quedado en el umbral porque su capa de lluvia goteaba y no quería dejar un rastro de agua por toda la tienda. Miró a su alrededor. Las cosas que anhelaba en la vida —compañía, conocimiento— no se podían encontrar en ninguna tienda del mundo.

—No lo sé —dijo Marian. —¿Llegó algo nuevo?

—Bueno, recibimos un pedido de papaya apenas esta mañana. Vienen de Florida, creo.

—¿Papaya?

—Sí, señora. Están ahí arriba.

Marian dirigió la mirada hacia donde señalaba Molly: sobre una mesa había papayas grandes y amarillas, las papayas más grandes que hubiera visto, acomodadas en filas, como si fueran las capas de un pastel.

—Pero aquí se cosecha papaya —dijo Marian volteando a ver a la joven.

—¿Aquí?

—En Panamá.

Como Molly no estaba muy segura de eso, le pareció más prudente decir que estaba de acuerdo.

—Así es, señora.

—Entonces, ¿por qué las importan desde Florida?

—Yo... yo no sé, señora. Pero lo que sí sé es que la papaya que tenemos en la tienda es muy fresca. Acaba de llegar.

—De Florida.

—Sí, señora.

Molly se retorció las manos y Marian se sintió mal de haber aturdido a la joven.

—En ese caso, me llevo una —dijo Marian, todavía desde la puerta—. O dos, de hecho. Me llevo dos.

Los ojos de Molly se iluminaron. Se alejó de la caja registradora, recorrió el pasillo hasta donde estaban acomodadas las papayas y tomó dos de la parte superior. Le gustaba la papaya, pero, de todas las frutas del trópico, el maracuyá, con su sabor brillante y amargo, era su favorita. Molly regresó a la caja registradora y puso las papayas sobre el mostrador mientras las cobraba.

—Son cuarenta centavos, señora.

Marian arrancó el cupón correspondiente de su cuaderno de comisariato y pagó con él.

Aún llovía cuando Marian salió; mientras caminaba, las gotas tamborileaban sobre su capa. Llevaba una papaya en el hueco de cada codo. Como si fueran bebés, pensó, y de inmediato se detuvo. No sabía de dónde había sacado esa idea. Como si fueran bebés. En medio de una calle lodosa en Panamá, se puso a llorar.

Un año después de casarse, por insistencia suya, John y Marian habían intentado tener hijos. Dentro de la cama, en el momento indicado del mes, Marian se desabotonaba el camisón y John trepaba sobre ella. Cuando al terminar él volvía a su lado, Marian se quedaba acostada de espaldas, con las rodillas dobladas hacia arriba, como había oído que debía hacer para incrementar las posibilidades. Se quedaba perfectamente quieta y esperaba, con el camisón abierto, mientras John se daba la vuelta para dormir. Lo intentaron durante un año sin ningún éxito. En una ocasión, el ciclo de Marian se retrasó y durante dos semanas enteras vivió llena de esperanza, pero luego goteó la sangre, una sangre parduzca que dejó una pequeña mancha. En ese entonces visitó a tres médicos distintos; hombres que la pinchaban y tocaban solo para llegar a la conclusión de que no había ningún problema. Nadie tocaba a John para averiguar lo mismo. Se daba por hecho que un hombre no podía tener la culpa. Siga intentando, le aconsejaron.

Cuando Marian le contó a John, él respondió:

—¿Eso es lo que quieres?

La pregunta la lastimó un poco.

—Sí —respondió.

Lo intentaron durante varios meses, y luego, la primavera siguiente, Marian se enteró de que estaba embarazada. Su ciclo se había retrasado cuatro semanas y sus pechos estaban maravillosamente sensibles al tacto. Estaba tan contenta en ese tiempo, llevando la cuenta de cada semana que pasaba en un calendario que tenía escondido en un cajón. Dos días después de que Marian hubiera marcado el paso de la octava semana, dos días después de ocho semanas enteras durante las cuales había tenido algo dentro de ella que se estaba convirtiendo en un bebé, Marian encontró en sus calzones dos puntitos de sangre tan pequeños que tuvo que acercarse antes

de darse cuenta de qué se trataba. Sin decirle nada a John, hizo bola los calzones y los tiró. Se dijo que ya estaba lo suficientemente avanzada, que no era lo que temía que pudiera ser. Pero esa noche Marian despertó con unos cólicos tan fuertes que John consiguió de inmediato un carruaje y fue hasta el pueblo para traer al doctor a la casa. En la mañana, el sangrado se había terminado. El bebé ya no estaba.

Todo cambió después de eso. Podían volver a intentar, dijo John, pero Marian dijo que no, y no se volvió a desabotonar el camisón, ni por esa ni por ninguna otra razón. La intimidad más próxima que volverían a tener sería estar lado a lado en la cama, sin que ninguno buscara al otro; nunca más. John hacía su trabajo y se demostraban una cordialidad mutua y, al verlo, a veces Marian sentía un dolor exquisito. Quería amarlo, y quería desesperadamente que él la amara, pero parecía que ninguno de los dos sabía cómo hacerlo.

Para cuando Marian entró por la puerta principal de la casa, había pasado horas bajo la lluvia.

Antoinette estaba poniendo la mesa en el comedor. Al oír que se abría la puerta volteó, aliviada de ver que la señora Oswald ya había regresado, aunque fuera empapada como un pez, con dos papayas en sus brazos y las mejillas de un color casi escarlata. Las gotas que escurrían de su capa de lluvia formaron un anillo en el suelo.

—¿Ya está aquí? —preguntó Marian jadeante.

—¿El señor Oswald? No, señora.

Marian sintió que su pecho se desataba por el alivio.

Respiró y luego tosió.

—¿Señora?

—Estoy bien —respondió Marian—. Me imagino que tengo que quitarme esta ropa, nada más. ¿Te las puedes llevar? —dijo, entregándole las papayas a Antoinette—. Llévatelas y haz con ellas lo que quieras, pero no las quiero volver a ver.

Antoinette asintió. Nunca en su vida había conocido a nadie que sintiera resentimiento hacia una papaya.

Vio a la señora Oswald desprenderse de la capa mojada como si fuera una cáscara.

—Necesito secarme —dijo Marian.

Antoinette le recibió la capa y, aunque no dijo nada más, vio cómo tiritaba la señora Oswald mientras subía las escaleras rumbo a su habitación para cambiarse.

Agradecimientos

Agradezco infinitamente a Sara Birmingham, Helen Atsma, Sonya Cheuse, Miriam Parker, Meghan Deans, T. J. Calhoun, Nina Leopold y a todas las personas de Ecco por confiar en este libro, y en mí, desde el principio. Estoy en deuda con Martha Celis-Mendoza, Viviana Castiblanco, Edward Benítez y Julia Negrete por darle vida a este libro en español. A mi incomparable agente y amiga, Julie Barer: nunca podré agradecerle lo suficiente. La investigación para escribir esta novela me llevó años y durante ese tiempo consulté demasiadas fuentes como para mencionarlas aquí, pero sí quisiera dar las gracias de manera muy especial a las personas que leyeron varios fragmentos y borradores del libro: Melva Lowe de Goodin, Velma Newton, Caren Blackmore, Kirkaldy Myers, Dionne McClean, Tita Ramírez, Frances de Pontes Peebles y Nicole Cunningham. Muchas gracias a Mike Oetting y a Martha Kennedy, mis héroes bibliotecarios de investigación. A Yanina Maffla: gracias por estar dispuesta a ayudarme en cualquier momento. Gracias a Carys O' Neill, Jack Neely, Beatrice Murphy, Bridget Kallas, Sheau Hui Ching, Rolando Cochez Lara y a mis padres por responder a tantas preguntas. En especial, gracias a mi padre por llamar a tantas personas sin previo aviso para presentármelas y por enviarme un